

“Me gustaría preguntar hasta qué punto es posible que prospere una nación verdaderamente libre en ausencia de una sociedad civil dinámica”. **I**

NIALL FERGUSON

fpp.

## PRESENTACIÓN PARA UN DEBATE INDISPENSABLE

El texto que tiene en sus manos contiene muchas lecciones. Registra una sesión de un ciclo de charlas titulado “El estado de derecho y sus enemigos”, que Niall Ferguson ofreció en el marco de las prestigiosas “Reith Lectures” de la BBC. Fue grabada el 10 de julio de 2012 en el edificio de la Royal Society de Edimburgo y transmitida por radio.

Estos ciclos anuales de charlas fueron inaugurados en 1948 en honor a Sir John Reith, el primer director general de la BBC, y han participado en ellos personajes tan relevantes como Bertrand Russell, Arnold Toynbee, John Galbraith, Edmund Leach, Ralf Dahrendorf, Anthony Giddens, Jeffrey Sachs o Michael Sandel. Muchas de estas charlas han sido, además, editadas como libros, dada su utilidad para entender asuntos de gran interés. Junto con ello, permiten contactar al gran público con los avances realizados en el país por científicos, académicos e intelectuales. Son, entonces, un ejemplo digno de imitar en Chile.

En el caso de la charla de Ferguson, buena parte está recogida en su libro “La Gran Degeneración”, cuya lectura recomendamos. Sin embargo, quisimos rescatar este fragmento porque tiene virtudes especiales. La primera de ellas es el tema central: la sociedad civil va volviéndose cada vez más importante en nuestro debate público, en la medida en que las limitaciones tanto del mercado como del Estado para solucionar muchos problemas se van haciendo evidentes. Esto ha dejado perplejas tanto a una izquierda que confunde a la sociedad con el Estado, como a una derecha que la confunde con el mercado. Así, editar este pequeño texto dedicado exclusivamente a la sociedad civil busca llamar la atención, pues se trata de un asunto crucial para nuestro desarrollo en las próximas décadas.

La sociedad civil, tal como la entiende el autor, son las organizaciones surgidas de la libre cooperación entre personas con una causa común. Estas organizaciones pueden necesitar apoyarse en el mercado o en el Estado, pero nacen libremente y operan según una lógica propia, distinta a la económica y a la política, como ocurre con la familia, los clubes, las organizaciones de voluntariado y muchas más. En el caso chileno, sólo por nombrar algunas, están los Scouts, la Teletón, los Clubes Rotario y de Leones, Coaniquem, Bomberos de Chile, Fundación Las Rosas, Desafío Levantemos Chile, el Hogar de Cristo y Techo para Chile. En ausencia de un fuerte tejido social nacido de la diversidad de organizaciones de la sociedad civil, nos dice Ferguson, ninguna nación puede florecer ni desarrollarse.

El problema, señala el historiador británico, es que las asociaciones civiles parecen ir en franco declive. Según datos de Estados Unidos y de Inglaterra, son cada vez menos las personas que participan como miembros activos de estos tejidos intermedios entre el individuo y el Estado. La razón de esto que Ferguson explora es la constante, agresiva y expansiva intervención del Estado en nuestras vidas, que va usurpando de a poco funciones que tradicionalmente cumplían otras organizaciones. Esta intervención innecesaria, remarca el autor, empobrece a la sociedad, aísla al individuo —paradójicamente, ya que suele justificarse en nombre de la “solidaridad”— y amenaza las libertades fundamentales.

En su exposición, además, Ferguson vincula directamente la importancia de la sociedad civil con la educación, y toma al respecto una postura muy clara: es necesario preservar la “biodiversidad” en el sistema educacional. Esto significa defender la existencia de una pluralidad de regímenes institucionales que coexisten y luchar contra la pretensión de estandarización general desde el poder central que la amenaza. Tal llamado tiene un fuerte eco en Chile, en momentos en que el gobierno de la Nueva Mayoría pretende impulsar una reforma

educacional cuyo objetivo declarado es, justamente, acabar con esta diversidad institucional, y nos obliga a reflexionar sobre los verdaderos costos sociales que ello podría tener a futuro, especialmente para las familias con menores recursos.

Estas advertencias están muy en línea con quienes critican que tanto la visión economicista de la derecha como la estatista de la izquierda nacen de una concepción antropológica negativa, que supone a un ser humano pasivo, movido sólo por sus intereses a partir de fríos cálculos de costo y beneficio. Partiendo de ese supuesto, la derecha tiende a proponer que sea a través del mercado que estos “vicios privados” se conviertan en “virtudes públicas”, gracias al libre intercambio, mientras que la izquierda tiende a pensar que el Estado debe regular esas interacciones para evitar que el egoísmo humano, abandonado a su libertad, derive en desorden e injusticia.

Por último, otra gran virtud de este texto es que no tiene la pretensión de verdad absoluta que en nuestro país corre a tantas intervenciones en el debate público. Es una invitación al diálogo que se sabe exactamente eso. En ella, las pasiones y las opiniones de Ferguson quedan debidamente expuestas junto a sus argumentos, y esto permite que, terminada la exposición, se desarrolle una interesante discusión crítica que evidencia aspectos no cubiertos por el autor o tratados de manera poco convincente, lo que obliga a matizar, a replantear ideas y a incorporar la visión de otros a la propia.

Todo esto, que en Chile podría parecer un signo de debilidad, es quizás la mayor fortaleza de esta lectura, ya que es un ejemplo del espíritu de civilidad que pretende defender y promocionar. Una gran lección, sin duda, para un país como el nuestro, que parece estar entendiendo que el verdadero progreso es algo que va más allá del crecimiento económico, por importante que éste sea.

**PABLO ORTÚZAR M.**

Agosto de 2014.

## Una charla de Niall Ferguson

(GRABACIÓN REALIZADA EN LA REAL SOCIEDAD DE EDIMBURGO Y TRANSMITIDA POR PRIMERA VEZ POR LA RADIO 4 DE LA BBC Y EL SERVICIO MUNDIAL DE LA BBC EL MARTES 2 DE JULIO DE 2012).

**Sue Lawley (presentadora):** Un cordial saludo. Les doy la bienvenida a la última de la serie de Conferencias Reith\* de este año de la BBC. Estamos en la Real Sociedad de Edimburgo, la academia nacional de Escocia, que fuera fundada en 1783, durante el apogeo de la Ilustración escocesa, un período durante el cual este país tuvo un papel preponderante en el desarrollo del pensamiento europeo. Es un lugar apropiado para terminar porque nuestro conferencista, Niall Ferguson, es escocés y está orgulloso de serlo.

Su materia de estudio, el imperio de la ley y sus enemigos, ha incluido aspectos importantes pero controvertidos acerca del futuro de las democracias del mundo occidental. Las instituciones que contribuyeron a construirlas y sostenerlas, ¿están en la actualidad experimentando una peligrosa declinación? ¿Son incapaces de proporcionarnos las estructuras económicas y legales apropiadas que necesitamos para crecer y prosperar?

Hoy, el Profesor Ferguson dirige su atención al substrato fundamental de nuestra existencia: nuestra sociedad civil. Señoras y señores,

dejo con ustedes al Profesor Niall Ferguson, quien hablará sobre sociedades civiles.

*(Aplausos del público)*

**Niall Ferguson:** Aun cuando estamos en mi Escocia natal, deseo comenzar con una anécdota que tuvo lugar en Gales. Generalmente pienso en Gales como una Escocia light, por lo que la anécdota bien podría ser escocesa. Hace casi diez años atrás compré una casa en la costa de Gales del sur. Con su escarpada costa atlántica azotada por el viento, sus canchas de golf inundadas por la lluvia, sus restos de grandeza industrial y sus verdes cerros apenas visibles en la lluvia, me recordaba mucho el lugar donde crecí, Ayrshire –solo que era un poco menos frío, estaba más cerca del aeropuerto de Heathrow y tenía un equipo de rugby con más posibilidades de vencer a Inglaterra.

*(Risas del público)*

Compré la casa, más que nada para estar cerca del mar, aunque había un perro. El hermoso tramo de la costa frente a la casa estaba plagado de basura. Miles de botellas plásticas habían sido arrojadas en la arena y las rocas. Bolsas plásticas revoloteaban al viento, enganchadas en las espinas de los rosales silvestres.

Consternado, pregunté a los vecinos quién era el responsable de mantener limpia la costa.

“Bueno, se supone que el gobierno local tiene que hacerlo en estos lados”, me explicó uno de ellos, “pero no hace nada”.

Furioso, y quizás evidenciando los primeros síntomas de un desorden obsesivo-compulsivo, adquirí la costumbre de llevar y llenar bolsas negras de basura cada vez que salía a caminar. Pero era una tarea que estaba mucho más allá de la capacidad de un solo hombre. Y fue entonces cuando sucedió: busqué voluntarios.

\* Conferencias radiales transmitidas por la BBC, instituidas en honor del primer Director General de la BBC, Sir John Reith.

La primera limpieza de la playa tuvo una convocatoria más bien modesta. La segunda fue un poco más exitosa, hasta salió el sol, lo que sucede a veces, pero no muy seguido. Sin embargo, fue cuando se involucró el Club de Leones de la localidad que hubo un avance importante. Nunca había escuchado hablar del Club de Leones. Averigüé que se trata de una organización originaria de Estados Unidos, bastante similar al Rotary Club: ambas organizaciones fueron fundadas por hombres de negocios de Chicago más o menos un siglo atrás y ambas consisten de redes laicas cuyos miembros dedican su tiempo a diferentes fines benéficos.

Los Leones aportaron un nivel de organización y motivación muy superior a mis anteriores esfuerzos improvisados. Como resultado de su participación, la línea costera experimentó una transformación. Las botellas plásticas se echaron en bolsas y fueron eliminadas de la manera correcta; los rosales quedaron libres de sus envoltorios de polietileno.

Juntos, espontáneamente, sin participación alguna del sector público, sin una motivación de lucro ni obligación o facultad legal, habíamos reconvertido un deprimente basural en un lugar de gran atractivo. Esto me mueve a preguntarme cuántos problemas podrían solucionarse de esta manera simple pero satisfactoria.

En estas conferencias he tratado de abrir “cajas negras” que han estado selladas por largo tiempo: la caja negra de la democracia, la del capitalismo y la del imperio de la ley. Hoy quiero abrir la caja negra llamada sociedad civil.

En su acepción correcta, la sociedad civil

es el reino de las asociaciones voluntarias, instituciones establecidas por los ciudadanos con un objetivo que no sea el lucro privado. Su gama abarca desde las escuelas –acerca de las cuales hablaré más adelante– a clubes dedicados a todo tipo de actividad humana, desde la acrobacia a la zoología, pasando por la limpieza de playas. Hubo una época en que el ciudadano británico o estadounidense promedio pertenecía a un gran número de clubes y sociedades.

Esto ya no sucede en la actualidad. Y me gustaría preguntar hasta qué punto es posible que prospere una nación verdaderamente libre en ausencia de una sociedad civil dinámica. Deseo sembrar la duda sobre la idea actualmente en boga de que las nuevas redes sociales de internet reemplazan de alguna manera las verdaderas redes, como las que me ayudaron a limpiar la playa de mi casa.

“En ningún país del mundo”, señalaba Alexis de Tocqueville en el primer libro de su *Democracia en América*, “el principio de asociación se ha usado o aplicado más exitosamente a una mayor multiplicidad de objetos que en Estados Unidos... Desde la infancia, al ciudadano de Estados Unidos se le enseña a depender de sus propios esfuerzos para hacer frente a los males y las dificultades de la vida”.

Tocqueville consideraba las asociaciones políticas de América del Norte como un indispensable contrapeso a la tiranía de la mayoría de la democracia moderna. Pero lo que realmente le fascinaban eran las asociaciones no políticas.

“Los norteamericanos de todas las edades, de todas las condiciones, de todas las maneras de pensar se unen constantemente. No solo tienen asociaciones comerciales e industriales en las que todos toman parte, sino que también tienen miles de otras: religiosas, morales, serias, fútiles, inmensas y muy pequeñas... si se trata de dar a conocer una verdad o diseminar una opinión con apoyo de un gran ejemplo, se asocian”.

Este es un pasaje justificadamente famoso, como aquel en que Tocqueville contrasta en forma humorística cómo los

ciudadanos norteamericanos se unieron para hacer una campaña contra el abuso del alcohol, enfocada a los problemas sociales en su tierra natal:

“(S)í esos cien mil hombres de la Sociedad Americana de Temperancia hubieran vivido en Francia, cada uno de ellos se hubiera dirigido personalmente al gobierno para solicitar que se controlen los bares de la nación”.

Tocqueville no estaba exagerando el entusiasmo de los norteamericanos del siglo XIX por las asociaciones voluntarias. Sin embargo, y tal como él había temido, la vitalidad de la asociatividad de los Estados Unidos ha disminuido significativamente desde entonces.

En su libro superventas *Bowling Alone* (Juego de bolos solitario), mi colega de Harvard, Robert Putnam, presenta un detalle del drástico declive experimentado por una larga lista de indicadores de capital social entre alrededor de 1960 o 1970 y fines de los años 90:

- / Asistencia a reuniones públicas sobre materias locales o de educación: menos 35%.**
- / Servicio voluntario como dirigente de un club u organización: menos 42%.**
- / Servicio voluntario en un comité para una organización local: menos 39%.**
- / Participación en Centros de Padres y Apoderados: menos 61%.**
- / Tasa de membresía promedio en 32 asociaciones nacionales con capítulos locales: menos casi un 50%.**

¿PODRÍA HABER CONSEGUIDO QUE SE LIMPIARA LA PLAYA INVITANDO A MIS AMIGOS DE FACEBOOK O FORMANDO UN NUEVO GRUPO DE FACEBOOK? TENGO MIS DUDAS. UN RECENTE ESTUDIO HA REVELADO QUE, DE HECHO, LA MAYORÍA DE LOS USUARIOS VEN A FACEBOOK COMO UNA MANERA DE MANTENER CONTACTO CON AMIGOS PRE-EXISTENTES.

**/ Tasa de membresía en ligas masculinas de boliche: menos 73%.**

Si el declive de la sociedad civil norteamericana ha avanzado tanto, ¿qué esperanza hay para los europeos? Las últimas publicaciones de la recientemente descontinuada Encuesta de Participación Ciudadana de Inglaterra muestran cifras deprimentes. En 2009-2010:

- / Solo una de cada diez personas participaba de algún modo en la toma de decisiones relacionadas con servicios locales o en la provisión de dichos servicios (por ejemplo, como miembro de una junta escolar o magistrado).**
- / Solo una cuarta parte de las personas participaba en algún tipo de voluntariado por lo menos una vez al mes, de las cuales la mayoría organizaba o ayudaba en la realización de algún evento –generalmente deportivo– o participaba ayudando a buscar financiamiento para ello.**
- / La participación de las personas que hacían trabajo voluntario por lo menos una vez al mes –por ejemplo, prestando ayuda a vecinos de la tercera edad– cayó a 29% desde un 35 el año anterior. La participación de las personas que prestaban ayuda informal por lo menos una vez al año cayó de un 62 a un 54%.**
- / Las contribuciones a obras de beneficencia han seguido declinando desde 2005.**

¿Qué está sucediendo? Según Putman, esto es principalmente obra de la tecnología. Primero la televisión y luego Internet han significado la muerte de la vida de asociatividad tradicional. Yo no opino lo mismo. Facebook y sus semejantes crean redes sociales que son inmensas, pero débiles. Con 900 millones de usuarios activos –nueve veces el número de usuarios de cuatro años atrás–, la red de Facebook es una vasta herramienta que permite a las personas que piensan de manera similar intercambiar opiniones acerca de, bueno, lo que se les antoje.

Quizás, como señalan Jared Cohen y Eric Schmidt, las consecuencias de dichos intercambios lleguen a ser realmente revolucionarias, aun cuando sea discutible hasta qué punto Google o Facebook desempeñaron un rol decisivo en la Primavera Árabe. Después de todo, los libios hicieron bastante más que eliminar de su lista de amigos al Coronel Gaddafi. Pero tengo grandes dudas sobre si las comunidades en línea son un sustituto para las formas tradicionales de asociación.

¿Podría haber conseguido que se limpiara la playa invitando a mis amigos de Facebook o formando un nuevo grupo de Facebook? Tengo mis dudas. Un reciente estudio ha revelado que, de hecho, la mayoría de los usuarios ven a Facebook como una manera de mantener contacto con amigos pre-existentes, a menudo amigos a quienes ya no ven regularmente porque ya no viven cerca.

Los estudiantes encuestados mostraron que era dos veces y media más probable que usaran Facebook de esta manera que para establecer una conexión con personas que no conocían, que es lo que tuve que hacer para limpiar la playa. No es la tecnología lo que ha producido un vacío en la sociedad civil. Es algo que el mismo Tocqueville anticipó en un pasaje que quizás sea el más poderoso de todo el libro *Democracia en América*, donde imagina en forma vívida una sociedad del futuro en la cual la vida asociativa ha muerto:

“Lo primero que llama la atención al observador es una innumerable multitud de hombres, todos iguales y similares,

esforzándose incesantemente para conseguir los pequeños e insignificantes placeres con los que llenan sus vidas. Cada uno de ellos vive aparte y está ajeno al destino de todo el resto. Sus hijos y sus amigos particulares constituyen para él toda la humanidad. En lo que respecta al resto de sus conciudadanos, está cerca de ellos, pero no los ve; los toca, pero no los siente. Él existe solo en sí mismo y solo para sí...

“Por encima de esta raza de hombres existe un inmenso poder tutelar, sobre quien recae en forma exclusiva la misión de conseguir sus gratificaciones y supervisar su destino. Este poder es absoluto, minucioso, regular, previsor y manso. Se podría decir que es como la autoridad de un padre si, como la autoridad de un padre, su objetivo fuera preparar a los hombres para la vida adulta. Pero lo que busca, por el contrario, es mantenerlos en una perpetua niñez...”

Tocqueville tenía toda la razón. Pensaba que el verdadero enemigo de la sociedad civil no era la tecnología, sino el Estado, con su seductora promesa de seguridad de la cuna a la tumba. Para Tocqueville, sería fatal si “el gobierno... llegara a tomar el lugar de las asociaciones”.

“La opiniones y las ideas se renuevan”, señalaba, “el corazón se expande y la mente humana se desarrolla solo por la acción recíproca de unos sobre otros”.

A eso le digo amén. Para constatar cuánta razón tenía este sabio francés, háganse la siguiente pregunta: ¿a cuántos clubes pertenecen ustedes?

Por mi parte, pertenezco a tres clubes de Londres, uno en Oxford, uno en Nueva York, y uno en Cambridge, Massachusetts. Soy un socio deplorablemente poco activo, pero pago mis cuotas y uso las instalaciones deportivas, los comedores y las habitaciones para huéspedes varias veces al año. Hago donaciones regularmente, aun cuando no lo suficiente, a dos instituciones de beneficencia. Pertenezco a un gimnasio y apoyo a un club de fútbol –ya no más al ilustre club escocés que se vio reciente e ignominiosamente forzado a pedir

su quiebra-. Probablemente soy más activo como ex-alumno de las principales instituciones educacionales a las que asistí en mi juventud, la Glasgow Academy y Magdalen College, Oxford. También en forma regular le doy tiempo a los colegios a los que asisten mis hijos, así como a la universidad donde enseño. Permítanme explicar por qué me gustan tanto estas instituciones educativas independientes.

Eso sí, les advierto: la opinión que estoy a punto de expresar no corresponde en absoluto a lo que está de moda. En un almuerzo ofrecido por el periódico The Guardian provoqué reacciones horrorizadas cuando dije lo siguiente: “En mi opinión, las mejores instituciones en las Islas Británicas en la actualidad son los colegios independientes”. No hace falta decir que todos quienes más se horrorizaron habían sido educados en dichos colegios.

Si es que hay una política educacional que me gustaría ver que se adopta en Escocia, así como en Inglaterra y Gales, sería una política que apunte a aumentar en forma significativa el número de instituciones educacionales privadas y que al mismo tiempo establezca programas de vales para educación, asignaciones y becas para permitir que un número substancial de hijos de las familias de menores ingresos puedan asistir a dichas instituciones. Obviamente, este es el tipo de medida que automáticamente la izquierda denuncia como elitista. Incluso algunos conservadores como George Walden, consideran que los colegios privados son causa de inequidad y son instituciones tan perniciosas que deberían ser abolidas. Permítanme explicarles por qué esas opiniones son completamente erradas.

Es indudable que durante unos cien años la expansión de la educación pública fue algo bueno. Como lo ha señalado Peter Lindert, las escuelas constituyeron la excepción que confirmaba la regla de Tocqueville, porque fueron los estados norteamericanos los pioneros en establecer impuestos locales para financiar la educación universal y obligatoria después de 1852. Con pocas excepciones, la expansión de esta garantía a

otros lugares del mundo llevó rápidamente a la adopción de sistemas similares. Esto tuvo importancia económica, porque los retornos de la educación universal fueron muy altos: las personas que saben leer y entienden de números son mucho más productivas como trabajadores.

Pero es necesario que reconozcamos los límites de los monopolios públicos en educación, especialmente en el caso de las sociedades que hace tiempo alcanzaron una alfabetización masiva. El problema es que los proveedores monopólicos de educación pública sufren de los mismos problemas que aquejan a los proveedores monopólicos de cualquier cosa: la calidad se deteriora por la falta de competencia y por la infiltración progresiva del poder de los intereses creados de los productores.

Ahora bien: mi argumento no es a favor de la educación privada o en contra de la pública. Mi argumento es a favor de ambas, porque la biodiversidad es preferible al monopolio. Una combinación de instituciones públicas y privadas en las que exista una competencia significativa favorece la excelencia. Esta es la razón por la cual las universidades estadounidenses, que operan dentro de un sistema competitivo cada vez más global, son las mejores del mundo: hay 21 universidades norteamericanas entre las 30 mejores. Por el contrario, las escuelas secundarias de los Estados Unidos, que funcionan en un sistema monopólico local, son generalmente malas. Es cosa de ver los más recientes resultados

LOS APOLOGISTAS QUE DEFENDEN LA EDUCACIÓN ESTATAL TRADICIONAL NECESITAN ENTENDER UN PUNTO MUY SIMPLE: AL PROPORCIONAR UNA EDUCACIÓN ESTATAL “GRATUITA”, QUE GENERALMENTE ES DE CALIDAD MEDIOCRE, SE CREAN INCENTIVOS PARA QUE SURJA UN SISTEMA PRIVADO REALMENTE BUENO.

de PISA, el Programa Internacional para la Evaluación de Estudiantes, en logros matemáticos a la edad de 15 años. ¿Harvard sería Harvard si en algún momento hubiera sido nacionalizada por el estado de Massachusetts o el gobierno federal? Ustedes conocen la respuesta.

En el Reino Unido tenemos un sistema que es lo contrario: son las universidades las que se han visto esencialmente reducidas a ser agencias de un Servicio Nacional de Educación Superior financiado por el gobierno, a pesar de la introducción en Inglaterra y Gales de aranceles complementarios que siguen estando por debajo de lo que las mejores instituciones deberían cobrar. Por el contrario, hay un sector independiente en la educación secundaria que muestra mucha actividad y no tiene limitaciones financieras.

¿Los resultados? Aparte de las universidades de elite, que han conservado sus recursos y/o reputaciones, la mayoría de las universidades en el Reino Unido está en crisis. Sólo siete lograron ser incluidas entre las 50 mejores universidades del mundo según el Suplemento de Educación Superior del Times. Sin embargo, podemos enorgullecernos de tener las mejores escuelas secundarias en el planeta.

Los apologistas que defienden la educación estatal tradicional necesitan entender un punto muy simple: al proporcionar una educación estatal “gratuita”, que generalmente es de calidad mediocre, se crean incentivos para que surja un sistema privado realmente bueno, dado que nadie va a pagar entre £10.000 y £30.000 al año por una educación que es apenas un poco mejor que la alternativa gratuita.

Los colegios que presentan fallas están siendo convertidos en academias autónomas. En solo dos años, el número de academias ha aumentado de aproximadamente 200 a cerca de la mitad de todas las escuelas secundarias de Inglaterra. Escuelas como la Mossbourne Academy de Hackney, o la Durand Academy, una escuela primaria en Stockwell, muestran lo que se puede lograr hasta en vecindarios empobrecidos cuando se elimina la mano muerta del control de la autoridad local.

Aún más prometedores son los nuevos colegios gratuitos establecidos por padres, profesores y otras personas. Nótese que estos colegios no son selectivos. Siguen siendo financiados por el Estado, pero su mayor autonomía ha conducido rápidamente a estándares mucho más altos de disciplina y aprendizaje.

Hay muchas personas de izquierda que lamentan estas innovaciones. Muchos miembros laboristas del Parlamento estarían felices de desautorizar hasta la idea misma de las academias. Las escuelas gratuitas y las academias brillan por su ausencia aquí en Escocia, a pesar de que son parte de una tendencia global.

Hay muchas personas que tienen la errada convicción de que Escandinavia es el lugar donde el Estado de bienestar a la antigua está vivo y goza de buena salud. A decir verdad, Suecia y Dinamarca han sido pioneros de la reforma educacional. Gracias a un osado programa de descentralización y vales para educación el número de escuelas independientes en Suecia ha aumentado enormemente. Las escuelas gratuitas de Dinamarca son administradas independientemente, reciben una subvención gubernamental por alumno, pero pueden cobrar un arancel y conseguir financiamiento de otras fuentes si es que lo pueden justificar en términos de resultados.

En la actualidad, en Estados Unidos hay más de dos mil escuelas subvencionadas (charter schools) –similares a las academias inglesas, con financiamiento público, pero administradas independientemente–, las que dan una alternativa educacional a aproximadamente dos millones de familias en algunas de las áreas más pobres del país. Algunas organizaciones como, por ejemplo la Success Academy, han tenido que soportar el vilipendio e intimidación por parte de sindicatos de profesores norteamericanos precisamente porque los estándares más altos en sus escuelas subvencionadas representan una amenaza al status quo de rendimiento insuficiente y logros bajo la norma.

En las escuelas públicas de la ciudad de Nueva York, un 62% de los estudiantes de tercer, cuarto y quinto grado aprobaron sus exámenes de matemáticas el año pasado.

La última cifra publicada de la Harlem Success Academy fue de 99%. En el caso de Ciencias, fue de 100%, —y esto no se debe a que los colegios subvencionados escojan a los mejores estudiantes con pinzas o atraigan a los padres más motivados. La admisión de alumnos de la Harlem Success Academy se hace por sorteo. Los alumnos tienen mejores resultados porque el colegio es autónomo, pero debe rendir cuentas.

Sin embargo, aún falta dar un paso más. Dicho paso es aumentar el número de escuelas que sean verdaderamente independientes, en el sentido de tener financiamiento privado, y ser verdaderamente libres, en el sentido de tener libertad en la selección de alumnos.

Es significativo que 6 de 10 directores de academias hayan dicho en una encuesta reciente que el acuerdo nacional sobre sueldos y condiciones de trabajo les impide pagar más dinero a los profesores que muestran una mayor efectividad o alargar la jornada escolar para que los alumnos más débiles reciban un apoyo adicional.

En otros lugares no existen tales inhibiciones acerca de la educación privada. En Suecia, compañías como la Kunskapskolan —Escuela del Conocimiento— están educando a decenas de miles de alumnos. En Brasil hay cadenas de escuelas privadas como Objetivo, COC y Pitágoras, que imparten enseñanza a literalmente cientos de miles de estudiantes.

Quizás el caso más notable sea el de India. En ese

**SER UN VERDADERO CIUDADANO TAMBÍEN IMPLICA PARTICIPAR CON LA MANADA—ESE GRUPO MÁS GRANDE MÁS ALLÁ DE NUESTRA FAMILIA—, QUE ES PRECISAMENTE DONDE APRENDEMOS A DESARROLLAR Y HACER CUMPLIR REGLAS DE CONDUCTA. EN RESUMEN, A AUTOGOBERNARNOS; A EDUCAR A NUESTROS HIJOS; A AYUDAR A QUIENES NO PUEDEN AYUDARSE; A LUCHAR CONTRA EL CRIMEN; A RECOGER LA BASURA DE LA PLAYA.**

país, como lo ha mostrado James Tooley, la principal esperanza de una buena educación en los barrios marginales de ciudades como Hyderabad radica en las escuelas privadas, algunas con nombres muy imaginativos como Royal Grammar School, Little Nightingale's High School o Firdaus Flowers Convent School. Tooley y sus investigadores han encontrado también en algunas partes de África movimientos similares en pequeña escala de colegios privados. Invariablemente, son una respuesta a las escuelas públicas atrocemente malas, en las cuales el tamaño de los cursos es absurdamente grande y los profesores frecuentemente se quedan dormidos o se ausentan.

El problema en Gran Bretaña no es que haya muchas escuelas privadas. El problema es que hay muy pocas. Y si se les revoca su condición de instituciones sin fines de lucro, habrá incluso menos. Sólo alrededor de un 7% de los adolescentes británicos está en escuelas privadas, más o menos la misma proporción que en los Estados Unidos.

Si ustedes desean saber la razón por la cual a los adolescentes asiáticos les va mucho mejor en las pruebas estandarizadas que a sus pares británicos y norteamericanos, es ésta: las escuelas privadas educan a más de un cuarto de los alumnos en Macao, Hong Kong, Corea del Sur, Taiwán y Japón. El promedio de los puntajes PISA de matemáticas en esos lugares es 10% más alto que en el Reino Unido y los Estados Unidos. La brecha entre ellos y nosotros es tan grande como la brecha entre nosotros y Turquía. ¿Saben qué más? El porcentaje de alumnos turcos en colegios privados es de menos de 4%.

La educación privada beneficia a más gente y no solo a la élite. En un reciente artículo, mis colegas de Harvard Martin West y Ludwig Wustmann demostraron que —y cito:

“Un 10% de aumento en las matrículas en escuelas privadas aumenta los puntajes en las pruebas de matemáticas de un país en un equivalente a casi medio año de estudios. Un aumento de 10% en la matrícula en escuelas privadas también reduce el gasto total en educación por alumno en un 5% del promedio de la OCDE.”

En otras palabras, mayor educación privada significa mayor calidad y una educación más eficiente para todos.

Un perfecto ejemplo de esto es la manera en que el Wellington School está patrocinando en la actualidad una academia con financiamiento público. Otro, es la manera en que colegios como Rugby y la Glasgow Academy están expandiendo sus programas de subsidios con el objeto de aumentar la proporción de alumnos cuyos aranceles son cubiertos con recursos propios de los colegios.

La revolución de la educación del siglo XX fue poner a la educación básica al alcance de la mayoría de las personas en las democracias. La revolución de la educación del siglo XXI será que la buena educación estará al alcance de una mayor proporción de niños. El que se oponga a eso será el verdadero elitista, que quiere que los niños pobres sigan estudiando en escuelas que son un desastre.

El cuadro completo que estoy describiendo, usando la educación como un ejemplo, es que durante los últimos cincuenta años los gobiernos han invadido demasiado el dominio de la sociedad civil. Esto tuvo sus beneficios donde, como fue el caso de la educación primaria, había una insuficiente oferta privada. Pero eso también acarreó costos reales. Igual que Tocqueville, creo que el activismo local espontáneo de los ciudadanos es mejor que la acción del Estado central no solo en términos de sus resultados, sino –lo que es más importante– en términos de sus efectos sobre nosotros, los ciudadanos. Porque el ser un verdadero ciudadano no consiste solo en ir a votar, tener un trabajo remunerado y no quebrantar la ley.

Ser un verdadero ciudadano también implica participar con

la manada –ese grupo más grande más allá de nuestra familia–, que es precisamente donde aprendemos a desarrollar y hacer cumplir reglas de conducta. En resumen, a autogobernarnos; a educar a nuestros hijos; a ayudar a quienes no pueden ayudarse; a luchar contra el crimen; a recoger la basura de la playa.

Desde que la frase “la Gran Sociedad” entrara al léxico político se la ha criticado. Muy recientemente, el Arzobispo de Canterbury la calificó de, cito, “palabrería aspiracional que tiene el propósito de ocultar el profundamente perjudicial abandono del Estado de sus responsabilidades hacia los más vulnerables”. Incluso Martin Sime, el Director Ejecutivo del Concejo Escocés de Organizaciones Voluntarias ha descrito la gran Sociedad como “una marca tóxica... una estafa de los conservadores y una manera de encubrir los cortes”.

Se supone que las Conferencias Reith no deben ser políticas y por eso he tenido cuidado de evitar hacer comentarios partidistas (*risas del público*)... lo que no siempre me ha resultado (*risas del público*). Pero ya les tiene que haber quedado claro que estoy mucho más a favor que estos caballeros de la idea de que nuestra sociedad –y, a decir verdad, todas las sociedades– se beneficiaría de una mayor iniciativa privada y una menor dependencia del Estado.

Si esta es una posición conservadora, entonces, que así sea. Hubo un tiempo, nada menos que aquí en Escocia, en que ésta era considerada la esencia del verdadero liberalismo.

En mis conferencias he intentado argumentar que estamos viviendo una profunda crisis de las instituciones que fueron la clave de nuestro éxito anterior –no solo éxito económico, sino también político y cultural– como civilización.

He interpretado la crisis de la deuda pública –el problema más grande que enfrenta la política occidental– como un síntoma de la traición a las generaciones futuras: un incumplimiento del contrato entre el presente y el futuro.

He sugerido que el intento de usar regulaciones complejas para evitar futuras crisis financieras se basa en un profundo mal

entendido de la manera como funciona la economía de mercado.

He advertido que el imperio de la ley, crucial para el funcionamiento tanto de la democracia como del capitalismo, está en peligro de degenerar en el imperio de los abogados: un peligro que Charles Dickens conoció muy bien.

Y en esta, mi última conferencia, he sugerido que la otrora vibrante sociedad civil está experimentando un estado de descomposición no tanto debido a la tecnología, sino a las excesivas pretensiones del Estado: una amenaza contra la cual Tocqueville proféticamente previno a los europeos y estadounidenses.

Nosotros los humanos vivimos en una compleja matriz de instituciones. Está el gobierno. Está el mercado. Está la ley. Y, por supuesto, está la sociedad civil. Hubo una época –me siento tentado a decir que comenzó durante la Ilustración escocesa, ya que estoy en uno de los lugares donde brilló con más fuerza– en que esta matriz funcionó asombrosamente bien, en la cual cada conjunto de instituciones complementaba y reforzaba al resto. Pienso que esa fue la clave del éxito de Occidente en los siglos XVIII, XIX y XX. Desgraciadamente, las instituciones en nuestra época están fuera de quicio.

Nuestro desafío, en los años por venir, es recomponerlas, retornando a los principios primordiales de una sociedad verdaderamente libre, que he tratado de reafirmar –con un poco de ayuda de algunos de los grandes pensadores del pasado– en estas Conferencias Reith.

Ha llegado el momento, señoras y señores, de limpiar la playa. Muchas gracias.

*(Aplausos del público)*

/

**f p p.**

fundación para el progreso

**[www.fppchile.cl](http://www.fppchile.cl)**

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio impreso, electrónico y/o digital, sin la debida autorización escrita del autor.